

PARÍS, NOVIEMBRE DE 1900

La noche estaba cayendo más temprano que de costumbre a causa de la tormenta que se avecinaba. Brice se subió el cuello de su raído abrigo para paliar un poco el frío y sacó un cigarrillo del bolsillo. Lo encendió y el humo danzó durante unos segundos delante de su nariz, hasta que una ráfaga de aire helado se lo llevó. No era un barrio demasiado bueno para pasear de noche, pero a él solían dejarlo en paz gracias a su fama de bruto y a su círculo de amistades.

Había sido un día duro, pero el trabajo siempre lo hacía sentir bien. Había muchos que no lo tenían en esos años, así que podía darse con un canto en los dientes; además, en la fábrica en la que estaba empleado los trataban de manera decente, al contrario que en muchas otras.

¡Qué frío hacía! Se moría por llegar a su casa y tomar una cena caliente junto a su esposa, así que aceleró el paso. Mientras caminaba, las famosas luces de la ciudad comenzaron a cobrar vida. Incluso el faro tricolor y las lámparas de gas de la abominación metálica de Eiffel se iluminaron, revelando a todos los visitantes de la Exposición Universal de ese año la grandeza de París.

Brice sacudió la cabeza: a su parecer, esa torre era un derroche innecesario de francos. La gente se había mostrado entusiasmada cuando la inauguraron, pero comenzó a perder el interés al terminar la exposición del año anterior. Tal vez su popularidad hubiera crecido de nuevo con la nueva edición de la exposición, pero con toda probabilidad volverían a olvidarse de ella cuando la clausuraran dentro de unos días. Francamente, Brice no le auguraba mucho futuro a la torre; con suerte acabaría siendo utilizada para algún asunto del ejército o desmontada para ser reciclada.

Tan ensimismado iba con sus pensamientos que no vio venir al muchacho hasta que lo tuvo encima. El golpe lo dejó por un momento sin aliento. Cuando se recuperó de la sorpresa, miró hacia el suelo para ver a un joven muy nervioso recogiendo los lápices y

papeles que se habían salido de su carpeta y se habían desperdigado por el arcén.

—¡Cuánto lo siento, iba tan distraído que no lo he visto!

—No, no, ha sido culpa mía. Iba corriendo a lo loco —murmuró el muchacho, con un marcado acento español, mientras miraba hacia atrás con gesto asustado.

Se agachó para ayudarlo. El chico trataba de ordenar a toda prisa sus pertenencias, y cuando Brice cogió un cuaderno, que había aterrizado junto a un charco, comprobó que se había mojado. En él había muchos dibujos y bocetos, pero no alcanzó a apreciarlos bien, ya que el chico se lo arrebató y lo guardó.

—¡Qué desastre, no sabe cómo lo siento! —repitió.

—¡Olvídelo! —susurró el otro, poniéndose en pie a la vez que miraba tras él una vez más.

En ese instante Brice comprendió por qué corría y por qué estaba tan nervioso. Tres gamberros aparecieron en el final del callejón y comenzaron a reír cuando lo vieron. Se acercaron con chulería, marcando músculos. El joven tragó aire; parecía cansado después de una larga carrera, y a Brice no le cupo duda de que si lo dejaba solo acabaría tirado en un callejón, desnudo, sin un franco y machacado a golpes.

—¡Caray, no sabes la alegría que me ha dado encontrarte de nuevo, chico! —exclamó con énfasis, después de darle una palmada en la espalda. El muchacho lo miró con sus saltones ojos oscuros llenos de esperanza—. Tienes que venir conmigo a casa. Mi Babette se alegrará mucho de verte.

Los matones se detuvieron a unos metros de ellos al reconocer a Brice del barrio. Sí, al contrario de lo que Babette decía a menudo, relacionarse con antiguos soldados y luchadores clandestinos no era una mala idea; esa era la prueba de ello. Uno de los asaltantes le dio un codazo al que parecía el cabecilla, que aún lo meditó un momento antes de alejarse unos metros.

Brice hizo como que no los había visto, cogió a su recién reencontrado «amigo» del brazo y lo llevó casi en volandas a través de un nuevo callejón y de ahí a una calle más iluminada y transitada. Caminó con él deprisa, con la certeza de que esos gamberros no lo dejarían marchar así como así, y, cuando llegaron frente al portal de

su casa, comprobó que no se había equivocado: esperaban medio ocultos a varios metros de distancia.

—¡Maldita sea! —escupió—. Mira, chico, creo que tendrás que subir de verdad; esos tipos no te van a dejar en paz. Lo sabes, ¿no? —El joven suspiró con alivio mientras entraba con él en su pequeño piso—. Por cierto, me llamo Brice.

—Yo soy Pablo —se presentó, estrechándole la mano con la primera sonrisa que le veía—. Gracias por el rescate.

—Un placer, pero ¿qué diablos hacías en un barrio como este a estas horas?

—Soy artista, he venido a la Exposición Universal. Se expone allí una de mis obras —le contestó con orgullo—. Me gusta salir por las noches y recorrer las calles en busca de las musas; quería imbuirme del espíritu del París menos favorecido.

—Pues un poco más y de lo que te imbuyes es de una tunda de golpes, chico —rio Brice.

Babette se mostró encantada de ayudar al joven Pablo, y lo agasajó con una cena sencilla pero deliciosa. El matrimonio le ofreció su modesto sofá para pasar la noche: no estaban dispuestos a dejarlo salir de nuevo hasta que no fuera de día y la ciudad hubiera despertado.

—Creo que nunca tendré palabras suficientes para agradecerles lo que han hecho por mí —les dijo el chico a la mañana siguiente, durante el desayuno—. Les prometo que pintaré un cuadro en su honor.

—¡Caray, Brice! —exclamó Babette, coqueta—. Yo, convertida en musa de un artista.

El hombre se rio, afable.

—No permaneceré mucho tiempo en París, pero si necesitan algo, no duden en buscarme —ofreció Pablo mientras escribía una dirección en una esquina de su cuaderno de bocetos; la rasgó y se la entregó a Brice—. Estoy instalado en el estudio de Isidre Nonell, ¿lo conocen? —El matrimonio se miró y sacudió la cabeza—. No importa, allí podrán encontrarme para lo que precisen. Y si alguna vez van por Barcelona, me encantaría que me visitaran. —Apuntó una nueva dirección y se la entregó también—. Serán ustedes más que bienvenidos en mi casa.

—Vaya, gracias —dijo Brice conmovido, aun sabiendo que era bastante improbable que con su economía pudieran viajar ni en ese momento ni en el futuro.

—Me gustaría hacerles un regalo.

—¡Ay, muchacho, no es necesario! —exclamó Babette.

—¡Claro que sí, les pintaré el cuadro que les he prometido y se lo enviaré antes de marcharme, señora!

—Caray, chico, pues muchas gracias.

Tanto Brice como Babette creyeron que el joven Pablo se olvidaría de ellos en cuanto llegara a su estudio de pintura. Así eran los jóvenes artistas, todos ellos bohemios y alocados, viviendo la vida al máximo. Este no parecía ser distinto, aunque el destello ambicioso e inteligente de sus ojos les dijo que no se quedaría en el camino como tantos otros: su amigo Pablo llegaría lejos.

Cuál no sería su sorpresa cuando, algunas semanas después, un golfillo de los que aceptaban unas monedas a cambio de recados llamó a su puerta y les entregó un bulto alargado. Cuando Brice lo desenvolvió y lo extendió sobre la mesa, ambos se quedaron sorprendidos. ¡Era el cuadro prometido! En él se veía a un hombre y una mujer en una calle llena de gente y actividad, todo representado con vivos colores, al estilo de los carteles de moda que adornaban algunos locales y se publicaban en las revistas y periódicos. El hombre se erguía con porte sereno y fuerte y la mujer sonreía con un gesto afable. Debían admitir que había cierto parecido con sus caras; sin embargo, si no hubieran notado algo familiar en las ropas de la pareja, no se habrían reconocido en el cuadro..., cartel... ¡Lo que fuera!

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Babette al cabo de un rato, mientras torcía la cabeza para contemplar su regalo.

—Sí, joder... —bufó Brice.

Se miraron y comenzaron a reír a carcajadas. El joven Pablo sería entusiasta y alegre, pero ese cuadro era la cosa más fea que habían visto en sus vidas.

—¿Será el espíritu del nuevo milenio el que provoca que los jóvenes artistas representen el mundo de esta manera tan...? —preguntó Brice sin encontrar las palabras exactas, entrecerrando los ojos para observar el dibujo desde otra perspectiva.

—O el opio —rió la mujer—. O tal vez es que tú y yo somos demasiado simples para entender el arte de principios de siglo, mi amor.

—Quizá... En cualquier caso, estoy convencido de que este regalo nos traerá suerte —murmuró el hombre, a la vez que echaba un vistazo a la firma negra que destacaba sobre la tela—. Espero que también tú la tengas, *monsieur* Pablo R. Picasso.

1

El aeropuerto no estaba muy transitado ese día, por fortuna. Octubre era un buen mes para viajar porque no había mucha gente; era tarde para unas vacaciones estivales, y temprano para las navideñas. Aun así, a Sofía le habría gustado haber llegado antes.

Hizo una mueca al echar un vistazo a su reloj y comprobar que eran las nueve y cuarto de la mañana. Faltaba más de una hora para despegar, pero los nervios se la comían. No podía dejar de recriminarse su estupidez. ¡Debería haber pernoctado en Lyon! El trabajo que tenía para esa noche era muy importante, demasiado. Sabía que había hecho bien su tarea, que había movilizado y puesto en marcha los mejores medios de seguridad para que no hubiera ningún percance; aun así, no se quedaría tranquila hasta que no pudiera comprobar con sus propios ojos que todo estaba en orden. Cada vez que pensaba en ello le hervía la sangre...

Había comprado el billete *on line* para partir la tarde anterior, pero cuando lo comprobaron en el aeropuerto, ¡sorpresa!, este no era válido. La excusa que le dieron: la web encargada de gestionar su vuelo era fraudulenta. Sencillamente perfecto. ¡La habían estafado! A ella, a una jefa de seguridad de BigPro, una de las empresas más prestigiosas del sector de seguridad privada del país, ¡vergonzoso!

Por más que suplicó y se puso pesada, no encontraron ningún hueco para ella en ninguno de los vuelos a Lyon de ese día, así que no tuvo más remedio que hacerse con un billete para la mañana siguiente. Un nuevo gasto que habría de afrontar su bolsillo, por supuesto. Ni muerta le confesaba esa cagada a su jefe, el señor Lara.

Y allí estaba, con un día de retraso en sus planes y muriéndose de los nervios. No estaba acostumbrada a estos contratiempos. Sofía era muy ordenada, muy metódica en todo lo que hacía, por

eso le habían encargado a ella ocuparse del traslado del diamante Ross, desde la colección privada a la que pertenecía hasta la Feria Internacional de Joyería de Lyon. Sin lugar a dudas, el trabajo más importante de su carrera. ¡Debería haber estado allí desde la tarde anterior para supervisarlo todo!

El Ross era una de las piezas más codiciadas por los coleccionistas y, por consiguiente, también por los ladrones. Era previsible que tuvieran problemas con el traslado. ¡Maldición!

No podía evitar los pensamientos agrios esa mañana, y no era para menos. Ese trabajo podía significar el empujón que necesitaba en BigPro o el pisotón en la cabeza para hundirla hasta el cuello. El estómago volvió a culebrearle al pensar en todo lo que podía salir mal.

Por fortuna, el vuelo que había comprado —esta vez en ventanilla y obligando a la pobre chica a revisar los datos diez veces— saldría pronto, y el Ross no tenía que llegar a la feria hasta las ocho de la tarde. Con un suspiro de frustración y un poco más calmada al ver que no había mucha gente en la cola de facturación, extrajo el teléfono de su bolsillo y marcó el número del hombre que había puesto al cargo.

—Bélanger —respondió él.

—¿Todo bien? —se limitó a preguntar Sofía.

—Sin contratiempos, señora Márquez. ¿Tardará mucho?

—Voy a facturar en este momento: mi vuelo sale a las diez y media. Estaré en casa de *monsieur* Vipond a tiempo de revisar todo el operativo antes de comenzar.

—Perfecto.

—En cualquier caso, Bélanger, si hubiera algún imprevisto, no hagan nada hasta que yo llegue, ¿de acuerdo?

—Por mí no hay problema, señora, pero esperan el diamante para las ocho: todo está preparado, y...

—Estaré allí de sobra, descuide.

—Bien, la esperaremos.

—Nos vemos en unas horas.

Guardó el teléfono y se pellizcó el puente de la nariz. Por suerte, no tuvo ningún inconveniente a la hora de facturar su arma, ya que tenía todos sus papeles en regla y la tasa abonada. Después de ase-

gurarse de que su vuelo no iba con retraso, se permitió al fin sentarse y disfrutar de un desayuno muy bien recibido.

—¡Dupón! ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —bramó Bélanger al ver a uno de sus hombres cómodamente repantigado en la cocina de *monsieur* Vipond.

—Tomando un café, señor —respondió el joven mientras se ponía en pie y se cuadraba.

—Tomando un... ¿Me estás tomando el pelo? —exclamó el hombretón, que miraba al muchacho con los ojos como platos. De repente su cara comenzó a ponerse roja de ira y de ahí a un tono morado. Dupón palideció cuando su superior vociferó—: ¿Es que te has vuelto loco, estúpido? ¡Tu puesto está junto al furgón! ¿Quién coño te ha dicho que lo abandones?

—Se... se suponía que ya no era necesario..., señor...

—¿Qué? ¿De qué hablas, asno? ¿Acaso te he dicho algo al respecto?

—Creí que usted había ordenado que... El agente Lemoine está allí y dijo que...

—¿Quién? —jadeó Bélanger casi sin aire.

—Agente Louis Lemoine —respondió una voz grave detrás de él.

Bélanger se giró para encontrar a un hombre alto junto a la puerta, con bigote, gafas de pasta que enmarcaban unos ojos azules y vestido con un caro traje de chaqueta gris oscuro. Lo miró con la boca abierta mientras el desconocido caminaba hacia él con elegancia. Bélanger se tensó cuando el tal Lemoine se llevó la mano al interior de su chaqueta, y solo respiró cuando la sacó con una placa, que extendió hacia él para que la pudiera leer. Le costó unos segundos reaccionar ante lo que vio.

—¿Interpol?

—Así es —confirmó el tipo elegante mientras volvía a guardar su identificación—. Se nos ha informado de que el diamante Ross será trasladado esta tarde a la Feria Internacional de Joyería de Lyon, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, en efecto —afirmó Bélanger, con la barbilla alzada en señal de orgullo—. Anton Bélanger; en este momento estoy al mando.

—Un placer, señor Bélanger —lo saludó, y estrechó su mano con firmeza—. He oído hablar mucho de usted y de su reputación. *Monsieur* Vipond me ha dicho que había una mujer a cargo del operativo... Francamente, no entiendo por qué, estando usted... —murmuró mientras arrugaba un poco la nariz con desagrado.

Bélanger sonrió complacido. No es que Márquez le cayera mal: había trabajado con ella en alguna ocasión y sabía que la chica era buena, pero él era un profesional y ella, una novata con poco más de un año de experiencia.

—*Monsieur* Vipond así lo solicitó —respondió.

—En fin... ¿Podría hablar con ella? —continuó Lemoine—. Me gustaría poder charlar con ustedes dos de un asunto delicado.

—Oh, pues... Verá, agente, la señora Márquez no ha llegado aún, aunque está en camino. La esperamos en un par de horas si todo...

—¡Ese tiempo podría ser decisivo! —siseó con alarma.

—¿Cómo dice?

—¿Por qué no está aquí la señora Márquez? —inquirió con brusquedad.

—Al parecer le surgió un imprevisto que retrasó su viaje, pero he hablado con ella hace un rato y me ha asegurado que estará aquí a tiempo para el traslado.

—Ya, el problema es que debemos trasladar el diamante cuanto antes.

—¿Cómo? —se sorprendió el otro—. No, ni hablar, tengo órdenes de obedecer únicamente a la señora Márquez, y ella me ha dicho que no hagamos nada hasta que...

—¡Escúcheme, Bélanger! —gruñó el agente de Interpol, antes de lanzar miradas nerviosas alrededor. Entonces señaló al pobre Dupón, que observaba la escena tratando de volverse invisible—. Usted, salga de aquí. He de hablar con su superior en privado.

El joven no dudó un instante en obedecer y salió corriendo de la cocina.

—¿Qué diablos ocurre, agente? ¿A qué viene todo esto? —preguntó Bélanger cuando se quedaron solos.

—Hemos recibido una información bastante preocupante esta mañana, y se nos ha movilizado para que les echemos una mano, compañero.

Su trato de camaradería lo tranquilizó bastante. Había trabajado antes con la Interpol, y la verdad es que todos solían ser unos engréidos insoportables. Louis Lemoine parecía un tipo sencillo, y se notaba que lo respetaba.

—¿De qué se trata? Lo tenemos todo bastante controlado, y no...

—¡Oh, no me cabe la menor duda! Tiene usted fama de ser muy competente, lo sé. —Le sonrió con afecto.

—Gracias. Procuero hacer las cosas bien, es cierto —respondió el hombretón, satisfecho.

—Aun así, lo que tememos precisará de nuestra ayuda, compañero. Se nos ha informado de que un grupo armado está detrás del diamante Ross, y pretende aprovechar este traslado para robarlo.

—¿Grupo armado?

—Terroristas —susurró Lemoine acercándose un poco.

—¿Terroristas? —se alarmó Bélanger.

—¡Silencio! Es fundamental que no se corra la voz. Si esta información saliera de aquí podría ser catastrófico. ¿Se imagina el caos que se organizaría si la población llegara a saber algo? Necesitamos trabajar sin tener que preocuparnos por civiles aterroizados.

—¡Oh, cierto, lo siento! Pero... ¿terroristas? ¿Por qué?

—Para financiarse, desde luego. El Ross es un premio gordo, ¿no le parece?

—Dios, ya lo creo... —silbó el jefe de seguridad—. ¿Y cómo se han enterado?

—Eso no puedo decírselo, compañero, entiéndalo. —Louis se tensó y volvió a mirar con nerviosismo hacia la puerta—. Pero me siento en la necesidad de advertirle de que la organización anda investigando a uno de sus hombres.

—¿Uno de mis hombres? —jadeó—. Pero eso no es posible, yo mismo los seleccioné uno a uno. ¡Son los mejores!

—No dudo de su astucia, señor, pero, como le digo, la recompensa por el Ross es muy tentadora, lo bastante como para convertirse en traidor. No le puedo dar más datos, pero sabemos que este grupo terrorista está recibiendo información desde dentro y que alguien intentará sabotear el traslado desde sus filas. Y, señor Bélanger, déjeme decirle que estos tipos son peligrosos: no se limitarán

a robar como vulgares delincuentes. Usted y sus hombres corren peligro.

—¿Quién es el traidor? ¡Tiene que decírmelo! —pidió con urgencia.

—No, lo siento, no puedo. Solo... esté alerta.

—¿Y qué haremos ahora? —gruñó, no demasiado convencido con esa respuesta.

—Mis hombres están inspeccionando el furgón blindado en este momento para comprobar sus medidas de...

—¡Es Dupón! —exclamó de repente el guardia—. Por eso lo alejé del furgón, ¿verdad?

—¡Ah, señor Bélanger, por favor, no insista! —suspiró Louis—. Solo le advertiré de que no confíe plenamente en nadie.

—¡Maldito Dupón, siempre me pareció un vago!

—¡Yo no he dicho que...! —Louis lo miró y optó por dejarlo estar—. Bien, escúcheme: he hablado con *monsieur* Vipond en su oficina esta mañana y ya está informado. Trabajaremos juntos en esto, ¿de acuerdo? Cogemos la caja de seguridad con el diamante, la meteremos en este momento en el furgón y partiremos enseguida.

—Pero la señora Márquez me dijo que...

—¿Es que no ha escuchado nada de lo que le he dicho?! —bramó Lemoine, dando un golpe sobre la encimera—. ¿Acaso está aquí la señora Márquez? ¡Se ha tomado esta misión como si fuera rutina y estamos hablando de algo muy serio! Ha demostrado que es una irresponsable. Creí que sería más fácil con usted. Lo había tomado por un hombre sensato.

El aludido se cuadró y su rostro se ensombreció.

—Y lo soy, no le quepa duda, por eso le exijo que me conceda unos minutos para que pueda confirmar su historia.

—¡Por fin nos entendemos! —resopló Louis—. Mi superior se llama Travert; pregunte por él. Tenga, puede usar mi propio teléfono.

—No, gracias, prefiero usar el mío —respondió el otro con sospecha, lo que provocó una sonrisa satisfecha en el agente.

—Desde luego, no mentían sobre usted; es un hombre astuto y en el que poder confiar. Será un placer trabajar con usted, compañero.

Bélanger no quería que le gustara el tipo, pero... ¡qué diablos, era agradable! Salió de la cocina en busca de algo de intimidad y marcó el número que tenía en la memoria del móvil. Vipond le confirmó lo que Lemoine le acababa de decir, pero un buen estafador también podía haberlo engañado a él, así que llamó a la propia Interpol. Lo cogió una joven, y en unos segundos le pasó con el tal Traver, el cual confirmó su historia y lo urgió a darse prisa y obedecer en todo a su agente. ¿Obedecer? ¡Gilipollas! ¡Ni que fuera su dueño! La siguiente llamada fue para Márquez. La mujer se mostró preocupada por la historia, pero le dijo que colaborara con la Interpol.

—Está bien —dijo cuando regresó a la cocina—. ¿Qué quiere que hagamos?

Louis tuvo listo todo el operativo en poco más de media hora. Había llevado a tres de sus propios hombres. Él iría junto a Bélanger y uno de sus chicos en la parte de atrás del furgón, custodiando la caja de seguridad. Un agente de Interpol iría en el asiento del copiloto. Los otros dos viajarían en un coche tras el furgón y otro coche con hombres de Bélanger iría delante.

El hombre tuvo que reconocer que, una vez que se cerró la puerta trasera del furgón, se sintió agradecido a Lemoine por las medidas extra. Su equipo podía lidiar con casi todo, pero terroristas... Louis miraba en todas direcciones en constante estado de alerta, y eso no hacía sino acrecentar sus nervios. No se había mostrado muy conforme con que uno de sus hombres viajara con ellos en la parte trasera, pero Bélanger no estaba dispuesto a ceder en eso. No obstante, entendía la postura del agente de Interpol: sabía que había un traidor entre los suyos, y no se fiaba. Por eso mismo había situado en ese puesto a su propio sobrino, que era de su entera confianza.

El furgón se puso en marcha a una orden de Lemoine a través de la rejilla que comunicaba con el conductor, antes de cerrarla también. El hombre parecía a punto de saltar por cualquier sonido. No dejaba de mirar a través de la ventana situada en el lateral del vehículo con su arma en la mano. Bélanger se encontró mordiéndose las uñas con nerviosismo. ¿Qué podía ser tan grave para mantener

a un hombre como aquel en ese estado? Su sobrino parecía opinar lo mismo, pues tenía la frente perlada de sudor y se movía más de la cuenta. Rezó en silencio por llegar a la feria sin ningún contra-tiempo. Por desgracia, sus oraciones no fueron escuchadas.

El primero en percatarse de que algo no iba bien fue Lemoine, por supuesto. Se apartó de la ventanilla con un grito ahogado que hizo que Bélanger diera un bote en su asiento.

—¡Al suelo! —tuvo tiempo de gritar Lemoine antes de que un fuerte golpe sacudiera el furgón. Primero en el lateral derecho, un segundo después en el izquierdo.

—¿Qué diablos ocurre?! —gritó Bélanger, antes de lanzarse al suelo.

—¡Nos han interceptado, mierda! —escupió el de Interpol mientras amartillaba su arma. Golpeó la ventana que comunicaba con la cabina y se abrió una pequeña rendija—. Intenta seguir circulando, hay que salir de aquí.

Un nuevo golpe hizo que se estremecieran el vehículo y sus ocupantes.

—Eso será bastante complicado, señor —se escuchó desde la cabina—. Nuestro conductor parece haberse golpeado en la cabeza y ha perdido el conocimiento.

Bélanger farfulló un juramento al lanzar una mirada y ver al hombre de Lemoine haciendo malabares para manejar el volante desde el asiento del copiloto.

—¡Maldición, sabía que teníamos que haber puesto un señuelo! —espetó—. ¡Bélanger, debemos sacar el diamante de aquí!

—¿Cómo que sacarlo? Este furgón es impenetrable, Lemoine: el diamante estará aquí más seguro que...

En ese momento el vehículo chirrió y se desvió de la carretera. ¡Era desquiciante no poder ver nada de lo que ocurría fuera! Durante unos segundos eternos, el coche circuló derrapando caóticamente hasta que finalmente acabó chocando con algo y se detuvo.

—¡Dios mío! —gritó el hombretón—. ¿Qué coño está pasando?

—Que nos han cogido, compañero, eso es lo que está pasando —respondió Louis con voz sombría, mientras se encaramaba a la ventanilla—. ¡Nos superan en número y han abierto fuego contra nosotros!

Entonces escucharon los disparos y Bélanger y su sobrino se taparon la cabeza con las manos, instintivamente. Louis abrió la ventanilla y comenzó a disparar también.

—¡No! —bramó, antes de descargar otra tanda de balas.

—¿Qué?

—Han alcanzado el coche delantero y lo han sacado de la carretera.

—¿Están vivos? —jadeó el guardia con angustia.

—Dios lo quiera —suspiró Lemoine, que se pasó una mano por el pelo con aire frustrado. Volvió a mirar hacia la cabina del conductor y lanzó una maldición—. Le han dado a mi compañero, no tenemos conductor. ¡Hay que hacer algo, Bélanger, no podemos quedarnos aquí viendo cómo roban el diamante y acaban con nosotros!

—Desde luego, pero ¿qué? Si salimos nos acribillarán.

—No si yo os cubro.

—¿Qué está diciendo?

Louis se acercó a la caja de seguridad y la puso en manos de Bélanger.

—Vosotros dos saldréis por la parte de atrás y yo os cubriré. —Tocó el pinganillo que llevaba en la oreja y comenzó a dar órdenes a los hombres que aún resistían en el coche que había circulado detrás de ellos—. Porcher, proteged a Bélanger y el diamante, van hacia vuestro vehículo. ¡Cubridlos!

—Pero ¿qué será de ustedes? —Habló el sobrino por primera vez, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—Ustedes cogerán el coche y se llevarán el diamante a toda leche hasta ponerlo a salvo. Nosotros los retendremos.

—¡Pero os matarán! —exclamó Bélanger.

—Lo intentarán —gruñó el de Interpol, que cargó su arma y regresó a la ventanilla—. Cuando yo os diga... Preparados... ¡Ahora, salid!

Entonces comenzó a disparar, a la vez que profería un grito largo y furioso. Bélanger no perdió el tiempo: cogió la caja y le dio un empujón a su sobrino para que saliera delante. Abrieron la puerta y saltaron. El chico apuntó aquí y allá, pero todo era humo y caos y no conseguía ver nada. En décimas de segundos ambos

comenzaron a llorar por la irritación en los ojos, hasta que acabaron cegados por completo. Escuchaban disparos, gritos, pero era imposible saber siquiera de dónde procedían. Bélanger sintió que el corazón le daba un vuelco cuando lo cogieron con fuerza del brazo. Alguien le gritó:

—¡Por aquí, el coche está por aquí!

Dando gracias al cielo, se dejó arrastrar sin dejar de apretar la caja de seguridad contra su pecho con una mano. Por fin vio el coche. El hombre que lo guiaba le abrió la puerta y casi lo empujó dentro. Comprobó con alivio que el otro agente hacía lo mismo con su sobrino, antes de descargar una tanda de disparos contra un objetivo que para él, con sus ojos irritados, era solo un borrón.

—¡Adelante, adelante, salgan cagando leches de aquí! —los urgieron.

—¡Pero ¿qué será de ustedes, de Louis?! —gritó con angustia.

—Pongan el Ross a salvo, no permitan que nuestras muertes hayan sido en vano. ¡Rápido! ¡Agh!

El hombre de Lemoine se tensó y se llevó la mano a un costado al recibir un disparo. No necesitaron más para ponerse en marcha. Su sobrino arrancó el coche con un fuerte chirrido de ruedas y olor a goma quemada. Condujo más por instinto que por otra cosa, porque seguía medio cegado. Poco a poco, a medida que avanzaban a todo gas, su visión se fue aclarando, el humo desapareciendo y el ruido haciéndose más difuso. Escucharon sirenas, pero lo ignoraron todo y siguieron circulando a toda prisa hacia Eurexpo, donde al fin podrían dejar el diamante Ross en buenas manos. Bélanger trató de llamar por teléfono, pero su móvil debía de haberse perdido en la refriega. Curiosamente, el de su sobrino también. Solo les quedaba conducir, seguir adelante y salvar el Ross.

2

El viaje se le hizo interminable. Había intentado contactar con Bélanger en varias ocasiones y su teléfono no estaba operativo. Eso olía mal, ¿pero que no hubiera podido contactar con nadie más? ¿Ni siquiera con Vipond? Eso, directamente, apestaba. Había albergado la vaga esperanza de que se tratara de su aparato, que la cobertura fuera deficiente o algo, pero cuando regresaba de la Intervención de Armas y Explosivos del aeropuerto de Lyon-Saint Exupéry, recibió una llamada de un número desconocido.

—Márquez —respondió.

—Cinco hombres, dos furgonetas, unos cuantos fuegos artificiales y gases lacrimógenos —respondió una grave voz masculina al otro lado.

Sofía arrugó la frente sin comprender.

—¿Disculpe? Creo que se ha equivocado.

—No, qué va —se rio el desconocido—. Yo no suelo equivocarme nunca.

—¿Se puede saber de qué me habla? No tengo el día como para...

—Respondo a la pregunta que se hará usted en breve, Márquez.

—¿Qué...?

—Nos veremos pronto.

Escuchó un «bip» y la línea se cortó. Sofía se quedó mirando su móvil con el ceño fruncido. Fantástico, como si no estuviera teniendo suficiente por un día... Con un gruñido malhumorado guardó el aparato en el bolsillo de su chaqueta y enfiló hacia la salida. De repente, alguien chocó con ella y le hizo perder el equilibrio, de manera que cayó sobre sus rodillas y se le escapó un grito de sorpresa.

—*Je suis désolé, mademoiselle!* —exclamó un niño en un francés terrible—. *Je... Je me suis perdu...*

—¿Te has perdido, pequeño? —le dijo ella en español, pero el chiquillo sacudió la cabeza. Lo intentó en inglés y el niño sonrió—: *Can I help you? I can...*

—*Dad!* —gritó el pequeño de repente, y echó a correr hacia un hombre alto vestido con traje oscuro, que lo cogió de los hombros y empezó a reprenderlo.

—*You are welcome!* —escupió Sofía con acritud mientras se levantaba. Lanzó un juramento al ver sus medias destrozadas por la caída—. Sencillamente perfecto.

—Disculpe, señora, ¿me permite echar un vistazo a su bolsa?

Sofía alzó la mirada sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Un enorme policía uniformado la miraba con gesto hosco y sus fornidos brazos cruzados.

—Ehm... Sí, claro. —El hombre le hizo un gesto para que lo acompañara hasta un banco, y ella le entregó la bolsa de viaje—. Me llamo Sofía Márquez Lerma —se presentó, mientras tanteaba en los bolsillos de su chaqueta en busca de su pasaporte y su identificación—. Trabajo para una empresa de seguridad de...

—¡Lleva un arma! —exclamó el agente al encontrar la funda de su automática.

—Sí, claro, como le iba diciendo, soy...

—¿Tiene la documentación de esto?

—¡Por supuesto que sí! —masculló ella, impaciente—. ¿Cómo se supone que iba a haber colado un arma en un avión de no ser así?

—¿Acaba de aterrizar?

—Sí, eso estoy diciéndole.

—Necesito ver su pasaporte, la tarjeta de embarque y la tarjeta europea de armas de fuego, por favor —exigió el policía.

Sofía chascó la lengua con impaciencia y comenzó a vaciar sus bolsillos. Una pequeña multitud había empezado a formarse en torno a ellos. Lógico, ese tipejo no era *mister* Discreción, desde luego. Tardó un momento en procesar lo que sus manos palpaban, y, cuando lo hizo, su sangre se congeló. ¡No estaban! Sus jodidos papeles no estaban en ningún bolsillo. Tampoco su móvil.

—¡Mierda! —escupió, buscando con la mirada al niño—. ¡Me los ha robado!

—¿Cómo dice? —preguntó el agente con fingida suavidad.

—¡Un niño ha chocado conmigo hace un momento y me ha robado!

—¿Robado? —El hombre compuso una mueca de escepticismo y cogió la cartera que Sofía acababa de dejar en el banco—. Pues lleva usted bastante dinero, señora... —Ojeó su DNI antes de continuar—: Márquez. ¡Vaya, al menos en eso no ha mentido!

—¡No he mentado en nada! —siseó ella—. Puede telefonar a quien necesite para comprobarlo. ¡Le digo que he sido víctima de un robo! Si deja de atosigarme y busca a ese ladronzuelo, seguro que...

—¿Está usted tratando de decirme cómo hacer mi trabajo, señora Márquez? —inquirió el agente con un ronroneo peligroso.

Sofía se mordió la lengua y se obligó a tranquilizarse.

—No, desde luego que no, solo digo que esto es un malentendido y...

—Tal vez, pero entienda que tendrá que acompañarme hasta que lo aclaremos.

—¿A dónde?

—A la sala de interrogatorios.

—¿Qué? ¡Pero no puedo, he de ocuparme de un asunto que...!

—Se lo estoy pidiendo amablemente, señora Márquez, no complique las cosas, ¿quiere?

Con un bufido resignado, Sofía asintió e hizo un gesto de rendición con las manos. El policía recogió sus cosas del banco y se colgó la bolsa de viaje al hombro, antes de conducirla hasta unos departamentos formales y fríos como un hospital. A Sofía le sorprendió encontrarlos vacíos: siempre se había imaginado que a ese lugar iban a parar todos los que cometían infracciones en los aeropuertos o los contrabandistas. Tal vez ese sitio solo lo reservaran para los terroristas asesinos que portaban armas de fuego sin papeles, pensó con amargura.

—Espere aquí, señora Márquez —le dijo el agente mientras la hacía pasar a una de las habitaciones más claustrofóbicas y calurosas en las que había estado en su vida.

—¿Se demorarán mucho? —preguntó casi suplicante—. Es importante que...

—Tardaremos lo que tengamos que tardar —espetó él con sequedad—. Mi superior vendrá en cuanto pueda y se encargará de su interrogatorio.

—¿Superior? ¿Por qué...? —Cerró la boca al ver la mirada asesina del hombre—. De acuerdo. ¿Podría al menos hacer una llamada?

—Desde luego, enseguida. No está usted detenida, señora Márquez, solo queremos ayudarla a aclarar este malentendido, porque sin papeles y con un arma...

—Sí, supongo que lleva razón, pero ¿buscarán al niño? Iba con un hombre vestido de oscuro, tendría unos once años y...

—Ajá... Ajá... Once años, traje oscuro... Descuide. —Sofía alzó las cejas con la sospecha de que el tipo se estaba riendo de ella—. Siéntese, pronto la atenderemos.

Y, por la sonrisita con la que lo dijo, a Sofía no le cupo duda de que permanecería horas allí. Con un gemido, se sentó en una incómoda silla de plástico y se dispuso a esperar, con la inquietante sensación de que todo aquello era bastante irregular.

A los cinco minutos ya sentía la camisa pegada al cuerpo por el sudor. ¿De verdad era necesario poner la calefacción tan alta? Se quitó la chaqueta y la dejó en su regazo, pero al cabo de otros cinco minutos tuvo que desabrocharse los primeros botones de la blusa para que le diera algo de aire. Debía de tratarse de algún tipo de táctica psicológica o algo por el estilo: luz brillante, paredes de azulejos blancos, ningún mueble excepto unas sillas incómodas y duras y una mesa, olor a... ¿A qué demonios olía allí? Por otro lado, estaban realizando algún tipo de obra en la habitación contigua, pues alguien martilleaba sin descanso en la pared. Pero lo peor era el calor. Hacía muchísimo calor... Y Sofía no llevaba nada bien el calor. Sí, definitivamente eso debía de ser alguna especie de truco para acabar con la paciencia de los retenidos.

—Señor, esto es una pesadilla...

No fueron horas, pero sí unos cuarenta minutos eternos, y de los más horribles que había vivido en su vida. El calor y ese olor a algo químico le habían revuelto el estómago. Ya no le quedaban botones que desabrocharse, a menos que pretendiera enseñar el sujetador al personal de seguridad del aeropuerto. No habían tenido ni la pequeña consideración de darle un vaso de agua, y su cabeza ya marcaba inconscientemente el ritmo del puñetero martillo como si fuera la canción del verano. Y luego estaba el temor... No podía

apartar de su mente la terrible sospecha de que algo había ocurrido con el diamante Ross. ¡Mierda! Si no tuviera tanto calor, tal vez conseguiría pensar con más claridad. Todo aquello era tan raro...

Cuando volvió a abrirse la puerta, dio un bote en su asiento y se encaró con el recién llegado. Se trataba de un tipo alto, con el pelo castaño repeinado hacia atrás, vestido con uno de esos trajes que, aunque pretenden ser elegantes, gritan «policía» a la primera mirada. Sofía hubo de reconocer, muy a su pesar, que era bastante guapo. Ojos oscuros, piel bronceada, labios carnosos... Lástima que llevara grabada en la cara esa expresión de chulería. Le cayó mal con un solo vistazo.

—¡Vaya, por fin se dignan a atenderme! —le espetó.

—¿Señora Márquez? —se limitó a decir el tipo.

—¡Sí, soy la señora Márquez, y llevo aquí esperando casi una hora!

—Capitán Allard —se presentó, enseñando una placa—. Tranquilícese, por favor.

¡Ooohh! Ese gilipollas sin duda no estaba muy acostumbrado a hablar con personas nerviosas si acababa de soltar aquellas palabras como si tal cosa.

—¿Que me tranquilice?! —gritó Sofía—. ¡Me roban y encima me tratan a mí como si fuera una terrorista! ¿Cómo diablos voy a tranquilizarme? Necesito irme cuanto antes, necesito mi tarjeta de armas. ¡Trabajo para BigPro y he venido a Lyon a hacer un trabajo importante! ¡Tengo que irme cuanto antes o al menos llamar por teléfono! ¡No me pueden negar una llamada! Todo esto es irregular, ¡ilegal! Voy a poner una reclamación que...

—¿Puede dejar de cacarear un momento, señora Márquez? Me he levantado con una jaqueca de espanto y sus gritos histéricos me están haciendo empeorar.

Sofía lo miró con los ojos como platos y tan indignada que era incapaz de hablar. El bastardo cerró la puerta tras él y se adentró en la habitación como si acabara de decirle «buenos días». ¿Gritos histéricos? ¡Solo estaba alterada, y con toda la razón del mundo! Pero ¿histérica? ¡Hijo de perra!

—Todo esto en verdad es bastante irregular —suspiró el tipo con una calma que resultaba ofensiva—. En primer lugar, porque me han comunicado que ni siquiera la han registrado.

—¿Regis...? ¡En sus sueños! —gruñó con furia.

Él la miró con una ceja alzada y chascó la lengua.

—Portaba usted un arma, sin papeles, ¿recuerda?

—¡Ya le he dicho que me han robado!

—Y sin embargo llevaba usted un buen fajo de euros en su cartera. Venga, señora Márquez, reconozca que la cosa huele mal.

—¡Apesta! —escupió ella—. Pero no por mí.

—Sea como sea —continuó el tipo al tiempo que se pellizcaba el puente de la nariz—, hay que cachearla. ¡Le aseguro que estamos buscando a ese niño que dice usted que le robó! El problema es que... ¿Un niño de once años acompañado de un hombre vestido de oscuro en un aeropuerto como este? —Volvió a chascar la lengua y sacudió la cabeza—. Algo vaga la descripción, ¿no le parece?

Sofía arrugó la frente y trató de recordar los detalles. ¡Tenía buena memoria, joder!

—El chico parecía no hablar bien ni francés ni español, pero cuando escuché su inglés descubrí un acento catalán, o sea, que era mentira. Yo le echaría unos once años más o menos, aunque iba vestido con ropa demasiado infantil, tal vez para aparentar menos edad. Era rubio, aunque... quizás más de lo normal... —Entrece rró los ojos y se centró en el hombre, el supuesto padre—. El hombre era alto, de su estatura más o menos. —Le lanzó una mirada y asintió—. Sí, definitivamente era tan alto como usted. ¿Uno ochenta? Era moreno, también como usted, y vestía un traje... gris, algo sucio de polvo en la manga. Llevaba gafas oscuras, así que no pude verle los ojos, ¡pero tenía bigote!

El agente la miró con la boca un poco abierta en un gesto de sorpresa. Sofía sonrió satisfecha. Sí, siempre había sido buena recordando los detalles más ínfimos.

—¡Caray, buena memoria! —reconoció Allard—. Les daré esos nuevos datos a mis hombres. ¿Por qué no se lo dijo a mi compañero antes?

—¡Porque ese gili...! —Sofía inspiró hondo y empezó de nuevo—: Porque no me dejó explicarme. En el momento que vio mi arma me colgó el cartel de terrorista.

—Nadie la ha acusado de tal cosa, señora Márquez.

Entonces sonrió, y a Sofía le pareció que se estaba aguantando las carcajadas. En cualquier caso, tuvo que reconocer que la sonrisa le favorecía al muy bastardo.

—¿Puedo hacer una llamada, por favor? Necesito darle instrucciones a mi equipo.

—¿Equipo?

Sofía le contó a grandes rasgos su historia, tratando por todos los medios de que los nervios y el cabreo no la traicionaran.

—Bien, podrá hacer esa llamada, pero, lo siento, como ya le he dicho antes, tenemos que registrarla; podría usted llevar oculto...

—¿Qué? —Se señaló el cuerpo, su ajustada camisa blanca a medio desabrochar, su falda de tubo y sus medias destrozadas—. ¿Un lanzallamas en el trasero?

El capitán Allard ladeó la cabeza y le lanzó una mirada de arriba abajo, lenta, demasiado lenta y acariciadora, que se detuvo más de la cuenta en la curva de sus caderas y sus pechos. Sofía tragó saliva, nerviosa, y se cruzó de brazos para taparse de alguna manera. Iba vestida completamente formal y, según ella creía, poco llamativa; pero ese hombre había sido capaz de hacerla sentir desnuda con tan solo una mirada. Aunque... ¡madre de Dios, qué mirada! Si no se hubiera sentido tan ultrajada y ofendida, casi le habría halagado. Casi, porque el que un tío estuviera bueno hasta reventar no le daba derecho a creerse el terror de las nenas ni a mirar a las mujeres como un buitre baboso. En ese momento, mientras el capitán Allard se acercaba despacio hacia ella sin apartar esos ojazos oscuros de su rostro, contuvo el aliento; lo contuvo porque estaba muy enfadada, no porque el condenado oliera bien ni porque tuviera ese punto tan sexy cuando sonreía. Era sexy... ¡hasta que abrió la boca!

—Podría esconder incluso un tanque, señora Márquez —soltó, y se quedó tan pancho.

Sofía permaneció unos segundos tratando de procesar lo que le acababa de decir, pero sus neuronas solo volvieron a funcionar cuando él se dio la vuelta hacia la puerta.

—¿Acaba de llamarme culona?! —gritó con voz aguda.

Allard se volvió sobre su hombro para mirarla de arriba abajo una vez más y Sofía sintió cómo se ponía colorada... Debido a su

mala leche, por supuesto, que iba en aumento hacia límites insospechados.

—Por favor, no invente cosas, señora Márquez.

—¿Un tanque?! —volvió a bramar ella con las manos en la cintura, a punto de comenzar a resollar como un búfalo. ¿Es que aquel jodido martillo no iba a parar ni un puto segundo?—. ¡Acaba de decir que podría esconderme un tanque en el culo!

Y entonces Allard no pudo contenerse más y dejó escapar una carcajada que acabó con la poca paciencia que le quedaba a Sofía, que se abalanzó hacia él con las manos convertidas en garras y gruñendo como una fiera. No llegó demasiado lejos, por supuesto; el agente le sujetó un brazo y la giró en una décima de segundo hasta hacerla chocar de espaldas contra su pecho, tan fuerte que le castañetearon los dientes.

—No juegue con fuego, señora Márquez —siseó Allard en su oído mientras le retorció el brazo dolorosamente—. No me tienen por un hombre tolerante.

—¡Suélteme! —ordenó Sofía con los dientes apretados.

—Cuando se calme.

—Como vuelva a decirme que me calme le voy... —Jadeó de dolor cuando él le retorció un poco más el brazo.

Se obligó a tranquilizarse un poco; reconocía que había perdido por completo los papeles. ¿Qué diablos le estaba pasando? Ella era una mujer sensata. ¡Era esa maldita habitación, el calor, el ruido! Cuando al fin consiguió sosegar su respiración, fue consciente de la situación, y se sintió terriblemente avergonzada. ¿Avergonzada? Bueno, tal vez también un poquito turbada, y es que no pudo evitar percatarse de la fuerza del brazo con la que Allard la sujetaba por la cintura o de la dureza de su pecho contra su espalda, y, sí, maldito fuera, olía muy bien, y no era colonia, sino algo personal, algo masculino y atractivo. Por un momento creyó sentir que la respiración del hombre cambiaba un poco el ritmo, y eso provocó que la suya se agitara de nuevo. Él le soltó el brazo que mantenía a la espalda, y cuando volvió a hablar, su aliento le acarició el cuello, lo que le puso la carne de gallina.

—Así, ¿lo ve? Mucho más guapa tranquilita...

Y ese fue el tiempo que duró la tregua. La rabia volvió a hervir en las venas de Sofía, aumentada por la vergüenza de haberse sen-

tido por un momento... ¿atraída por Allard? ¡Como fuera! Con un gruñido, y completamente fuera de sí, lo aferró del brazo con el que la sujetaba por la cintura y se dio la vuelta; lo cogió con la guardia baja. Allard intentó agarrarla de nuevo, pero ella se movió demasiado deprisa, se apoyó en el brazo del hombre y le hizo una llave de película. En décimas de segundo, el agente se encontró tumbado de espaldas en el suelo, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y con una señora Márquez nada tranquila resollando por encima de él.

—Estoy. Muy. ¡Tranquila! —bramó.

Allard entrecerró los ojos y la fulminó con la mirada, y solo entonces Sofía salió de su estado de locura transitoria y entendió hasta qué nivel acababa de meter la pata.

—¡Señor! —jadeó mientras se tapaba la boca con la mano, horrorizada—. ¿Cómo he podido perder los papeles así? ¡Es esta habitación! Esos golpes, el calor... Yo...

Se acercó al agente con la mano extendida para ayudarlo a levantarse, pero él la ignoró, se puso en pie y se sacudió el traje.

—Bien, pues espero que se vaya acostumbrando a esta habitación, porque va a pasar aquí un largo rato —murmuró Allard, contundente—. Póngase cómoda. Enseguida vendrá una compañera para registrarla y leerle sus derechos. Está usted detenida por agredir a un agente de la Ley, señora Márquez.

Sofía se quedó congelada en el sitio, viendo, sin dar crédito todavía a lo que acababa de ocurrir, cómo el capitán Allard se marchaba de la maldita habitación de los horrores. No supo cuánto tiempo permaneció así, conmocionada y maldiciéndose en cada uno de los cinco idiomas que conocía.

—Dios mío... Esto no puede estar pasando —gimió una y otra vez.

Finalmente no tuvo más remedio que volver a sentarse y tratar de asumir su destino. No se atrevía a exigir una llamada de teléfono después de lo que acababa de pasar, pero tarde o temprano tendrían que concedérsela. Sin embargo, ¿a quién llamaría? ¿A Bélanger para preguntarle cómo iba todo? ¿Tal vez a su jefe, el señor Lara? El cual no dudaría ni un segundo en ponerla en la calle, claro. Quizás sencillamente debería llamar a su tío y pedirle que la sacara de ese lío...